EL SUEÑO DE LA MUERTE

*Héctor Morales Saviñón**

Yo debí haber sido un gran torero, a eso siempre le tiré, pero desistí por propia decisión. Aunque no lo creas, Héctor; de hecho, me corté la coleta la tarde que salí de la plaza en hombros de la gente. ¡La primera corrida y la última! ¿No lo sabías?

—Para nada, Francisco, es una novedad.

Me miró él fijamente.

—Para que te convenzas —dijo, yendo a la estantería de donde tomó un libro y de sus páginas extrajo un programa—, mira esto: “Domingo 21 de agosto de 1951, presentación de José Francisco Bernal, alternando con Carlos Montes y Alfredo Leal en la lidia de seis toros de Tequisquiapan”.

No bromeaba, de eso estaba seguro. ¿A qué se debería su determinación tan radical? El tema surgió de un comentario intrascendente: “anoche —me confió aún conmocionado—, soñé que en el ruedo moría de una cornada. Me impresioné —añadió—, porque morir vestido de luces en las astas de un toro fue en un tiempo mi ambición juvenil. Si te cuento mi sueño, temo morir, no sé la razón”.

A pesar de nuestra amistad, yo ignoraba que él fuera taurófilo, y saber que había toreado me sorprendía. Puse atención.

—Siendo muy niño, oía a mi padre hablar de toros y toreros de la época de mi abuelo, cuando eran famosos el español Diego Prieto “Cuatro dedos”

* Escritor mexicano, nacido en 1913.

y el mexicano Ponciano Díaz. Éste —mi padre contaba lo que sabía por boca del suyo—, era el ídolo del público, de ahí que si algún espada hispano toreaba aceptablemente, se le azuzara al grito de “¡Ora, Ponciano!” El aludido, en su turno, se dirigía directo a su enemigo, generalmente de cornamenta pavorosa, y tras de propinarle unos trapazos infumables, lo acababa de una estocada, donde caía. Y para qué te cuento, se producía el delirio en los tendidos —rememoró José Francisco.

—La plaza de toros, me contaba el viejo, era de madera, ubicada frente a donde estaba “el Caballito” de Carlos IV: en el vértice de Reforma y el Paseo de Bucareli, como se ve en una conocida litografía...

—Tu padre —afirmé— habrá sido gaonista; prorrumpió mi amigo:

—¡Ni duda cabe! ¡Porque Rodolfo Gaona sí era un torero de los pies a la cabeza! Alternó en los principios de su carrera con los mejores diestros de España: “Machaquito”, “Bombita” y Fuentes. El inventor de la *gaonera* ponía cuatro pares de banderillas en el círculo de una moneda y remataba sus faenas, cuando eran buenas, con estocadas en todo lo alto. Fue el as de la torería con “Gallito” y Belmonte.

—Pues a él yo lo vi —interrumpí sin poder contenerme. Saltó de su asiento José Francisco Bernal:

—¿Túuuu? ¿Pues en qué año naciste?

Me le quedé observando.

—Cálculalo; aventajo ocho meses a Octavio Paz en edad y bien sabes los años que él tenía. Doce contaba yo entonces cuando, con mi progenitor y mi hermano Mario, lo vi torear en su despedida como torero. Partió plaza, lo recuerdo como si estuviera viéndolo, bajo una lluvia de palomas, serpentinas y confeti... Pero perdóname, te interrumpí.

Mi amigo, que paladeaba una copa de coñac, evocó:

—En aquel tiempo, la suerte de varas era brutal, pero de innegable belleza. El picador defendía su corcel a brazo partido, porque los petos ni se conocían. Muchas veces el toro lo derribaba, pero allí estaba, oportuno, el capote del matador que resolvía la situación comprometida para después torear con lucimiento. La pica era espectacular, dramática, muy importante en la lidia del toro.

—Sí —comenté nostálgico— coincido contigo. ¿Y qué recuerdas de la *suerte de banderillas*? Hubo un rehiletero formidable, Juan Espinoza.

Aunque carecía de buena figura, le *andaba* al toro, lo dejaba llegar a jurisdicción, levantaba los brazos y colocaba el par, de poder a poder, en el mismísimo morrillo. En una ocasión, alternando con el peninsular Fausto Barajas, ambos *gallearon* al toro al alimón, antes de poner estupendos pares que festejó el público puesto de pie, obligándolos a dar una vuelta al ruedo y a agradecer desde el tercio.

—¿Y viste a Chicuelo?

—¡Claro! Manuel Jiménez, sevillano, que creó la pinturera *chicuelina*, posteriormente instrumentada de manera trágica por Silverio hacia el quite del mandil, aguantando suavemente la embestida del toro, de tercio a tercio, de manera soberbia. Su faena a “Dentista”, un toro nobilísimo de San Mateo, en la zona de toriles, al que le dio veinticinco naturales con la izquierda, lo hizo el favorito de la afición —como ahora es Enrique Ponce—, después de la retirada de Gaona.

Otro sevillano famoso, intervino mi amigo, fue Joaquín Rodríguez “Cagancho”, que se presentó con ganado de La Laguna en “El Toreo”, con verónicas a su primer toro, bajando los brazos, como nadie lo había hecho, ¿te acuerdas? Luego, José Francisco se adentró en el pasado del gran Manolete, Lorenzo Garza, Paco Camino, Manolo Martínez y... no omitió a Jesús Solórzano Pliego, quien inmortalizó al toro “Cuatro Letras”, toreándolo con la izquierda como ninguno. ¿Y el quite de la mariposa de Balderas? Para instrumentarlo se necesitaba tener muchos redaños y excelente condición física; no cualquiera se deja rozar la barri-ga por los pitones del toro en la forma temeraria que él acostumbraba. Pero, quite efectivo, toda una proeza, el que le hizo “Carnicerito” a Carmelo Pérez —tirado bajo el acoso de un toro codicioso—, cuando se mete entre los cuernos, toma a Carmelo en brazos y limpiamente lo rescata. ¡Era un valiente! En cuanto a Carmelo Pérez, el padre de José Francisco le narró la tragedia: al término de una verónica —con los pies juntos, muy apretada—, el toro “Michín” se revuelve y lo prende del muslo, lo campaneá varias veces, y finalmente lo avienta a la arena; enseguida se precipita sobre el bulto y le asesta unos hachazos tremendos, de los cuales uno le perfora un pulmón. Fue inútil que Pepe Ortiz y toda la cuadrilla —Antonio Márquez prendido a la cola de “Michín”—, trataran de impedir lo irremediable. Carmelo recibió tres cornadas

de un enemigo empecinado en acabarlo. Por fin, terminó José Francisco, los peones se llevaron al toro mientras los monosabios lo conducían apresuradamente a la enfermería, ante un público consternado. Sí, así fue, dije; en Madrid, Carmelo murió meses más tarde a resultas de las cornadas.

Qué distinta suerte la de su hermano Silverio —comenté— al que recuerdo por su magistral faena a “Tanguito”, toro ideal, bravísimo, al que Silverio toreó de manera tan personal y extraordinaria que al caer muerto “Tanguito”, Fermín Espinosa “Armillita”, que triunfara rotundamente en el toro anterior, tuvo el gesto de abrazarlo en reconocimiento a su calidad torera. ¿Fue así, querido José Francisco?

Hubiéramos podido pasar las horas hablando del tema, de no tener yo la curiosidad de saber por qué mi amigo había renunciado a ser torero, a pesar de su inicial éxito.

—Pero Francisco, ¿qué motivó que renunciaras a la torería? José Francisco cruzó las piernas.

—No se debió —empezó diciendo— a la decepción amorosa que tuve con Elvira. Mi padre padecía de las coronarias y la tarde de mi triunfo empeoró. El cardiólogo no se anduvo por las ramas: si usted sigue toreando, advirtió, no respondo. Yo mismo tomé la decisión; pasaron los años, murió mi padre y todo cambió. ¡Qué quieres, es el destino!

Un momento permanecemos silenciosos, yo conjeturando que mi amigo pudo ser figura. Lástima.

—¿En qué piensas? —indagó él.

—En el arte del toreo —respondí escapando de mis reflexiones— tan fascinante. ¿Y por qué? Porque salir con vida de cada corrida es como resucitar otra vez.

José Francisco soltó la carcajada.

—Bueno —añadió— yo tuve el valor de pararme ante un toro; en cambio, sueño con frecuencia que lo hago, que toreo como el mejor, pero, fíjate bien, sin miedo. Mi amigo sonreía.

—Tú —dijo por fin— eres un imaginativo. Si la vida es el riesgo de morir en un abrir y cerrar de ojos, y ello generalmente se olvida, el torero lo vive intensamente. La posibilidad de la muerte es cierta; la de

burlarla, un raro disfrute morboso. Dicho lo cual, José Francisco se levantó, y paseando sin soltar la copa de coñac, prosiguió.

—Dejé el toreo por una fatalidad, pero ¿quieres que te diga la verdad? Hubiera querido morir en una plaza de toros. Eso me seduce. Y tras de tornar a sentarse, dijo:

—Soñar despierto es mentirse a sí mismo, es la trampa que uno se pone. No se experimenta, no se vive la emoción de enfrentar a la muerte.

—De todos modos —objeté— es vivencia y también emoción: la de crear.

Un tanto desconcertado, convino José Francisco Bernal: Bueno, puede ser.

—Lo que pasa —añadí— es que soñar dormido o despierto no altera el ritmo de la vida.

—No creas —repuso él, al parecer preocupado—, el sueño que acabo de tener es tremendo.

—¿Te impactó mucho? —pregunté observándolo.

—Sí, mucho —respondió lacónico.

—¿Y por qué?, soñaste simplemente.

José Francisco explicó adusto.

—Por realista, de un realismo impresionante.

Como iba a describirlo, aguardé.

—Me concentraré —advirtió acomodándose en el sillón—. Recordar nítidamente lo soñado no es fácil. Veo, me veo con mi terno celeste y oro recargado en la barrera, con un pie en el estribo; y me pregunto por qué estaré allí, viejo y fuera de lugar. Mientras tanto, mis peones ponen banderillas de fuego a un toro muy grande, imponente. Levanto la cabeza al tendido y descubro a Elvira, la que fuera mi novia, de mantilla y peineta, los pechos al aire, sonriéndole a otro. ¿Creerá la muy descocada que su cariño me importa? Toca el clarín el cambio de tercio y gesticulo, despreciativo. El sol arde. El toro salta a la arena y corretea: ¡me busca! Ya estoy en el centro del ruedo y, como la bestia se ausenta, toreo de salón con majeza. Pero de pronto, me doy cuenta, empuño la roja muleta y doy un pase larguísimo al toro, aparecido de improviso. La gente me aclama. Y... después, espera...

HÉCTOR MORALES SAVIÑÓN

José Francisco se interrumpió, algo lo turbaba. Tanto, que frunció el entrecejo.

—¡Ah, ya! —exclamó—. Ya veo: el público me ovaciona, yo feliz, cuando de repente...

Francisco interpone esta vez una pausa muy larga. Luego prosigue:

—No sé cómo expresarlo, era tan verídico... el toro, un torazo, embiste furioso a la bella mujer que en el tendido me fascinara. Es ella, desnuda, retadora en la arena, con zapatos blancos y tacón alto. Fue cuando me dije: sueño...

Calló, apelaba a su memoria. Enseguida:

—Sí, era Elvira, quien avanzando con los pechos erectos, osada, arqueando el vientre, su pubis como coraza, retaba: “¡Eh, toro!” Entonces, no puedo precisarlo, no sé si es ella o es el toro, al intentar yo el pase de la muerte, siento la cornada profunda en el centro del estómago...

José Francisco se detuvo, lívido. Yo me incorporé, alarmado, y lo sacudí con violencia.

—¿Qué te pasa?! ¿Qué tienes?! —clamé temiendo que mi amigo sufriese un desmayo. No contestó.

¿Estás vivo, José Francisco, muerto? —insistí angustiado—. Él, con los ojos cerrados como si durmiera, parecía transmitir su mensaje: consulta al lector, tu cómplice; que él lo decida.